AYER - 1-JUNIO-57

# Solera y salero del flamenco

## Memoria de "Argentina" y presencia de Pastora

Dos insignes artistas, dos geniales maestras del mejor baile español, andaluza, bien viva y derrochando arte todavía, y argentina la otra, desaparecida desgraciadamente para siempre de esta vida, pero eternamente viva y danzando en la memoria, han venido a ocupar estos días el primer plano de la actualidad en los periódicos. Sus nombres: "Pastora Imperio" y Antonia Mercé "La Argentina".

En recuerdo de esta última ha sido inaugurada en el Museo de Arte Escénico de Barcelona una sala destinada a conservar fotografías y varios otros elementos evocadores, entre ellos dos trajes de baile, de la que fué soberana bailarina.



Antonia Mercé y Luque, aunque nacida en Buenos Aires, era hija de padres españoles —maestros de danza, nada menos, en el Teatro Real de Madrid— y nacionalizada española, tanto como la Giralda o La Cibeles, pongo por caso; y gitana por temperamento y porque por sus venas corría sangre "calé" de Valladolid. De sus progenitores aprendió Antonia, sobre todo de su padre. Este quiso que fuera bailarina. La madre dijo: "Muy bien, pero también bailaora". Y una y otra cosa, porque son bien distintas, fué "Argentina".

El "por qué" lo explicaba ella así:

—La bailaora surge unas veces por tradición familiar: bailaora la madre, la abuela, pues bailaora la nieta... Este es el caso más frecuente. Otras veces es porque a la chiquilla le gusta lo flamenco; le va por la sangre, como una levadura de gitanería, un no sé qué que la levanta en vilo en cuanto oye una guitarra, o suena una copla, o se dibuja en el aire el revoleo de una falda de volantes... Este fué mi caso. Fuí bailarina porque mi padre —profesor de baile— quiso que lo fuera y me enseñó a conciencia todas las reglas de su oficio. Y me siento bailaora porque, andaluza mi madre, me nace de la entraña esa cosa caliente que nos transfigura y nos mata, y nos hace cerrar los ojos, y ver y no ver, y ahogarse en un suspiro y revivir en otro...

¡Qué bien que se explicaba Antonia! ¡Qué inteligencia la suya, tan clara, lo mismo para ejecutar el baile, como para interpretar hondamente todo su sentido!

Para ella el baile era belleza, antes que nada, y luego, muy luego, técnica.

—La técnica —decía— no debe tener otra misión, en una bailarina, que permitirle escalar las cimas de la plena belleza plástica. Cuando la técnica, el oficio, el dominio de las reglas, no sirve para alcanzar este supremo objetivo, no sirve para nada.

"Argentina", la de la risa amplia y ojos maravillosos; aquella mujer que puso en pie de aplausos todos los públicos del mundo, rendidos ante el embrujo de su arte y su gracia sin iguales; la que exigía a una bailarina una cultura musical, artística y literaria, completísima; por quien Holanda, la sensible Holanda, creó y hace florecer una especie de olorosos claveles que llevan su nombre; que hizo exclamar a un crítico: "No más allá" se dibuja en el aire cuando Antonia baila. Imposible belleza la que pudiera rayar a mayor altura que la suya raya"; "Argentina" la juncal, la mejor plantada y la más airosa de cuantas bailarinas nacieron, siempre se consideró, por encima de todo, una bailaora flamenca, y así lo hacía saber en cada momento, con orgullo inefable.



—¡Bailaora siempre! La bailarina puede hacer, y hace, desde luego, cosas bellísimas. Pero es un arte el suyo más sujeto a normas, en el que aun las fantasías más dislocadas responden a principios inalterables. El arte de la bailaora, por el contrario, es la disipación misma, el capricho, la genialidad, lo que se quiere escapar y no se escapa, desplante, majeza que se frustra, galleos, jácara, corazón y gracia, animando la carne de una mujer en delirio...

Una mujer tan sublime como ésta, gloria y honra del mejor baile de Andalucía, gracia nata del flamenco, aun después de veinte años de muerta, no podía permanecer olvidada de España; por eso todo elogio es poco para el Museo de Arte Escénico barcelonés, que tan acertadamente trata de resucitar el recuer

(Pasa a la página 8)